

Carlos, el Amor y la Dictadura

Alvaro Amaya



Capítulo 1

Carlos, el Amor y la Dictadura

Cuentos de la Revolución

Carlos cumplía dieciséis años y hasta ahora tenía su primera novia, estaba enamorado pero nunca había hecho el amor y su país que tenía toda la edad del mundo eternizaba un feudalismo medieval, vivía una grotesca dictadura y nunca había sabido de democracia. El crecimiento y las nuevas experiencias pronto harían que la adolescencia de Carlos desapareciera pero la inestable vida de su país, ya era de una repulsiva, anormal y deshumanizada permanencia. Carlos se sentía a merced de lo desconocido, vivir reaccionando ante lo inesperado acrecentaba su inseguridad y creer que eso iba a ser eterno le producía temor pero su país, siempre convulso, alterado y sin procesos sociales incluyentes, ahora tenía bien definidos sus miedos porque ya era bastante seguro que lo esperaba una cercana e inevitable revolución.

Carlos se sorprendía de lo que sentía pero sobre todo se culpaba amargamente por revolver el sexo con el amor. Querer acostarse con Catalina lo hacía sentir repugnancia de sí mismo y se creía malo porque asociaba el sexo con las putas y porque le horrorizaba saber que Catalina estaba lejos de ser eso. Por vivir más en el límpido amor idealizado que en el que dictan las hormonas, Carlos se lastimaba de una odiosa manera porque cuando más quería arrancarse el deseo de adentro, más seguro estaba que lo quería hacer. Cuando en su cama recordaba algún indeciso gesto, alguna incomprendida palabra o algún inexplicable silencio de Catalina que había captado en el transcurso del día, Carlos concluía que ella no lo amaba tan absoluta y completamente como él y ondas de dolor le serpenteaban el pecho porque sería asunto de muerte si esas cosas que observaba y que no comprendía de ella, significaran que ya no lo quería como se lo había jurado. Y éstas eran sus más lacerantes inquietudes.

La envejecida dictadura de su país había llegado a todo lo obscuro, prostituido y degradado de alguien que ya ha dejado de amar, porque de su relación con la población sólo le había quedado la represión. Cuarenta años atrás, el dictador se había apropiado del poder al derrocar a la conservadora dictadura anterior gracias al poder hegemónico del poderoso país que lo apoyó por alguna lejana conveniencia temporal ya olvidada, que a nadie le interesaba recordar. Al inicio enamoró al pueblo con promesas con las que había logrado fortalecerse y pronto las olvidó. Después permitió elementales cambios de treinta años de atraso y los cobró enriqueciéndose abusivamente mientras se consolidaba económicamente con su más eficiente secuaz, la pequeña oligarquía

colonial que como rémoras alrededor de tiburón, lo acechaba fascinada de su poder.

Como no había estudiado historia, el dictador tampoco sabía que para ellos el advenedizo era él y que esta pequeña y astuta aristocracia ideologizada de billetes, descartaba a sus dictadores cuando los pueblos los hacía rendir cuentas, escabulléndose taimadamente antes de responder por sus culpas mientras se mimetizaba y se preparaba para la siguiente escalada, aliándose con el nuevo dictador o con el nuevo grupo de poder. La concentración de recursos y tributos para enriquecer a ese grupúsculo era lo más importante de la vida nacional.

Las básicas necesidades de las mayorías de un pueblo que crece habían quedado olvidadas. Seguros en su poder económico y militar, coparon las oportunidades excluyendo a quienes los mantenían con sus impuestos y con eso, la desavenida relación había llegado al punto en el que los abusos habían traspasado el aguantable límite final y la población despertaba a la realidad del avasallamiento al que se había sometido por no querer revivir las cíclicas y destructoras pugnas internas de siempre, pero que ahora firmemente, decía "hasta aquí nomás, no más sumisión".

Perdido en la dialéctica de los amores, Carlos no quería preguntarle a Catalina si los gestos y desplantes que en ella veía, ya eran un desamor por algo que él no hacía bien y sufría envenenándose por dentro porque al crearlo en silencio, creaba su privado infierno pero cuando Catalina lo besaba con sus locos arrebatos y lo miraba con su inefable afecto, se incendiaba sintiendo alcanzar el paraíso. En esos locos momentos de besos y culpándose por desearlo, le era imposible dejar de imaginarla desnuda y su mente arrastrada por ese lascivo torbellino, lo llevaba al placer que crecía hasta su extrema erección y hasta su explosiva eyaculación, pero era cuando más se odiaba por degradarla en su mente hasta ese extremo. Pero eso desaparecía cuando de nuevo la veía, porque allí era otro el encanto y eran otras las límpidas cosas de su pecho que lo desarmaban y lo derretían en sonrisas que se le escapaban sin querer.

La situación social a su alrededor había dejado de ser la misma. Carlos creció viendo de cerca la miseria en la que vivían los pobres de su alrededor, hubiera querido que eso no existiera pero así como no sabía por qué se había perpetuado, tampoco sabía cómo se podría eliminar pero por no haberse preocupado y por no habersele ocurrido fijarse en ella, le crecía la culpa por creer que él era de los indiferentes que se oponían a los necesarios cambios. Estaba seguro ser alguien que no podría realizar nada para lograrlo porque desde adentro algo le decía que esos inconfesables modos de hacerlo, los que la gente a su alrededor quería utilizar, serían tan faltos de humanidad como los que cometía la dictadura y sin atreverse a decirlo, con eso se refería a matar.

- Pues te vas que tener que definir -, le dijo su querida Catalina. - En mi casa decidimos que tenemos el deber de protestar y participar para derrocar al gobierno pase lo que pase porque dice mi papá que ya pasó el tiempo de hablar, que el dictador dejó de oír y que no solo debemos esperar a morir ¿Qué pensás hacer? -, le preguntaba ansiosa de su respuesta y esperando su entusiasta apoyo a la sublevación pero él la miraba y solamente sabía que la amaba y que la amaría hasta la muerte. Carlos no percibía lo importante de esta pregunta ni mucho menos la gravedad que ella anidaba. No podía imaginar que ese "hacer" cambiaría radicalmente su vida y las vidas de todos los demás, mucho más allá de todo lo inmenso de su amor.

Empezaron las protestas callejeras y las huelgas de los gremios. El atemorizado dictador que sabía llegada la hora de restituir los derechos que había conculcado y de regresar lo que había robado, se resistía y arreciaba su cólera y su rencor contra la población, desatando una sangrienta represión contra los que ya abiertamente se sublevaban.

Se volvió perentorio saber quién estaba con quién. Quienes se sumarían para atacar al dictador y quienes los que iban a estar en la acera de enfrente. Algunos defendían el derecho a circular que las protestas impedían, otros hablaban de la paz y de la estabilidad económica, de la paridad del dólar y del ingreso per cápita como bondades de la dictadura porque no sabían que vivían en un país que estaba dentro de otro y que toda la economía era la de los pocos que producían a la sombra de los turbios privilegios del poder. Repetían que el que no se metía con el dictador podía vivir en paz, conservar su trabajo y mantener lo que poseía y que una revuelta destruiría lo poco logrado a través de tantos años de sufrimientos y limitaciones pero no pensaban en su derecho a la propiedad y al cuidado de los bienes colectivos de su nación, ni en los intangibles valores que la vida necesita como los de la justicia imparcial o los de la libertad, para poder acceder con plenitud a las oportunidades sin privilegios que a todos abren futuro.

Ya nadie pensaba que el otro tuviera derecho a pensar diferente. Razonar para exponer juicios que justificaban oponerse, convertía a cualquiera en sospechoso de estar al otro lado. Se hurgaba en su familia, en sus amistades y nexos de trabajo, buscando evidencias que lo confirmaran en contra, con lo que consecuentemente, dejaba de ser mi hermano o de mi familia y se convertía en mi enemigo. Aun si en Catalina pudiera confirmar lo veleidoso que en ella Carlos creía observar, eso sería solamente un mínimo dolor y una de las minúsculas inseguridades de su vivir porque en medio de los discursos de amor, de paz y hermandad, con la bandera de la libertad con la que se buscaba derrocar al dictador, también se gestaba la muerte, el odio de la venganza y la indiscriminada destrucción que arrasaría con todos.

Alimentada por la represión la lucha se tornó abierta y muchos, con más miedo de perder el amor que la vida, formaron pequeñas escuadras guerrilleras y se fueron con sus novias a la montaña en donde ya había grupos en entrenamiento militar. Carlos amaba a Catalina sobre cualquier cosa, odiaba los abusos y la opresión de la dictadura pero algo que no sabía explicar, lo hacía saber que las emociones no se usan para tomar decisiones porque lo razonable es siempre el previo razonar. Saturado de las emociones del ambiente, a veces pensaba en lanzarse a la sublevación pero lo frenaba carecer del mínimo de razones o de objetivos definidos en un medio ya había perdido la cordura y que estaba incendiado por la pasión.

- Mi hermana Marta será uno de los oradores que va a proponer declarar la huelga de los maestros en todo el departamento -, le contó a Carlos. - Acompañame para que no esté sola en esa reunión-, le pidió Catalina. - Hace seis meses que no reciben salarios y a los que protestan, el gobierno los está trasladando lejos de las ciudades como castigo pero lo más conflictivo es que a la administración magisterial está llegando gente que no son maestros. Son espías del gobierno que los mantienen atemorizados porque son los que deciden sus traslados o destituciones. Ir a la huelga será la forma de neutralizados -, le contaba.

A mitad de la reunión un frío recorrió la espalda a Carlos porque se dio cuenta que ésta ya era para descubrir entre ellos a los infiltrados, a los indefinidos sospechosos y a los que de una manera abierta habían decidido oponerse a la protesta contra el dictador. Empujados por los arengadores que presionaban por expresos compromisos, algunos quedaban en silencio, otros razonaban sus porqués y éstos con los que abiertamente se opusieron, nunca más fueron mis hermanos, los compañeros, amigos, los colegas o de mi familia. Nadie percibió que pensar diferente ya era estar al otro lado y que eso era una condena a muerte porque quienes hoy tenían enfrente, los que siempre habían sido sus parientes, sus amigos y compañeros de toda la vida, serían sus victimarios y que para sobrevivir, ellos mismos con la saña instintiva que provoca la supervivencia, tendrían que volverse contra ellos.

El gobierno se enteró quienes fueron los promotores y activistas de esa reunión y con la llegada de los despidos la huelga se definió abiertamente, se volvió virulenta y estuvo pragmáticamente justificada. Dos semanas después, la escuela en la que se reunían permanecía con gran cantidad de maestros que se turnaban para mantener el tamaño del grupo. Pronto todas las demás iniciaron el paro y el espacio de esa escuela de viejas maderas no daba para más. Se rumoraba que las autoridades preparaban un desalojo que podría ser fatal pero nadie sabía cuándo se produciría. La ciudad entera vivía la zozobra. Algunos llegaban para cuidar y acompañar a sus familiares y amigos, otros para llevar alimentos y otros angustiados o francamente preocupados, hacían de vigilantes en los alrededores por lo

que podría ocurrir.

La tarde en la que Carlos visitaba la casa de un compañero de estudios, sus padres recibían a dos

parejas de amigos. A través de la cortina de la ventana del dormitorio de su amigo que daba a la sala, Carlos escuchaba lo que se hablaba.

- La reunión la tendremos aquí en la casa el próximo fin de semana, ¿Se lo recordaste a la Elena? -, preguntaba la madre de su amigo.

- Me pidió que no lo contara a nadie pero no estará aquí para entonces -, contestó su visitante.

- ¿Por qué no lo dijo cuándo propusimos la fecha? -, indagó ella.

- Su marido el comandante, le dijo ayer que empacara todos los enseres de casa porque esta noche se deben trasladar para otro lado y no le dijo para dónde -, le contó.

- ¿De qué se trata eso? -, preguntó el padre de su amigo al esposo de esta, mientras arquea las cejas y levantaba la voz, pero este cuchicheando a su vez le preguntó,

- ¿No te has enterado?, Toda la guarnición está siendo evacuada...la van a relevar ¿Te das cuenta lo que significa? -, le preguntó con funesta preocupación. - Todavía no le digo a mi mujer pero mañana nos iremos por una semana a la finca. Esto está feo, puede pasar lo peor y no quiero estar aquí -, concluyó.

Al escuchar el resto de la conversación, horripilado Carlos se dio cuenta que el objetivo de ese recambio era para que los soldados recién llegados pudieran disparar sin remilgos contra los maestros en la escuela debido a que estarían seguros que ningún familiar, amigo o allegado estaría entre ellos. Eso ya pasaba en otras partes. Carlos ya no podía esperar a salir de allí. Marta, la hermana de su novia estaba en peligro y asustado, se sintió con la humana obligación de informarle de lo que se había enterado. Marta lo contó a sus padres y ellos sabiendo lo que significaba, le prohibieron salir a la calle y esa misma noche a escondidas la sacaron de la ciudad.

- No puedo quedarme de brazos cruzados, no puedo permitir que eso ocurra sin hacer nada-, le decía Carlos a Catalina. Abrumado por el miedo y la preocupación, a la mañana siguiente fueron al sitio de la huelga para contar lo que pasaba pero al momento de llegar se echaron atrás. Cualquiera podría ser un espía del gobierno. Carlos se arriesgó a confiar en Martín, uno de los dirigentes que conocía, a sabiendas que la amistad había dejado de ser garantía de seguridad para nadie. Al día siguiente y a

pesar de lo que había contado, se dio cuenta que todavía permanecían allí y se llenó de angustia y temor por lo que podría ocurrir. Había perdido la paz.

El cardenal, máximo jefe de la iglesia católica se había decantado abiertamente contra el dictador pero la mayor parte de su clerecía no lo hacía. Carlos se acordó que conocía al anciano obispo local debido a su amistad con su sobrino, había cenado y conversado con él algunas veces cuando lo visitaba y sin decirle a nadie fue a buscarlo. Al enterarse, el viejo obispo supo de inmediato que el peligro que corrían los maestros era algo real y concreto pero al igual que todos en el país, no confiaba en ser apoyado por su jefe. Creía que su oposición era superficial, sólo una conveniencia política para los momentos que se vivían y le dijo a Carlos que eso no lo aconsejaba a comprometerse de una manera abierta.

- ¿Y si Usted no está aquí y a la fuerza ellos se toman el obispado en su ausencia? -, le preguntó achinando sus ojos con malicia. El viejo obispo lo quedó viendo, se rió, pasó una mano sobre su cabeza, llamó a su chofer y pronto estaba sobre la carretera debido a que en ese preciso instante, había recibido una llamada urgente de su superior para que se reuniera con él en la capital.

Esa mañana Carlos la vivía con la peor desazón de su vida. El dirigente Martín, a pesar de haber constatado lo dicho por Carlos por otros medios, estaba paralizado en la indecisión porque no podía confiar en nadie. Sin tomar acción, sufría por la seguridad de toda la gente que podría ser atrapada allí mismo, llevados a las prisiones o en el peor de los casos masacrados por la guardia nacional. No se atrevía a sacar a sus compañeros para llevarlos al obispado, aun cuando Carlos le mostraba las llaves de las puertas del edificio que estaban en su poder. Al medio día a la escuela en huelga llegó un desconocido y habló secretamente con Martín y sus compañeros dirigentes.

- Tenías razón -, le dijo a Carlos cuando el hombre se fue. - ¿Cómo lo hacemos? -, le preguntó y Carlos se sintió aplastado con la responsabilidad de esa respuesta que no se atrevió a dar. Por la tarde avisaron a simpatizantes y familiares para que los acompañaran hasta llegar al edificio del obispado, se puso el sol y nadie llegó y ante la evidencia que imprudentemente habían dispersado, estuvieron obligados a hacerlo de inmediato. Sin proponérselo, Carlos encabezaba la apresurada procesión que más parecía una huida que una valiente y orgullosa marcha magisterial. Cuando llegaron Carlos abrió las puertas y todos penetraron precipitadamente mientras él se escabullía por una pequeña puerta trasera para alcanzar la casa de la familia del chofer del obispo y depositar allí las llaves como lo había acordado. Sin más y para su alivio, la ocupación se había dado sin otros sobresaltos.

Al punto de la media noche el estampido de una poderosa explosión hizo retemblar los cielos y la tierra. Ante el golpe recibido las nubes se combaron y regresaron destellos de asombro. La ciudad quedó envuelta en una acre nube de pólvora, en disparos, en gritos y carreras de soldados en lo que parecía el aplastante acto de guerra de una poderosa invasión militar. Se había dado el asalto a la escuela que los maestros habían abandonado. Poco después la noche se iluminó con el pavoroso y crepitante incendio que prontamente consumió la vieja casona de madera hasta sus cimientos y los disparos que la población escuchaba, estaban siendo dirigidos hacia las llamas con la asesina intención de no dejar a nadie con vida. A la mañana siguiente, varios charcos de sangre seca en los alrededores evidenciaron la anónima muerte de incautos inocentes y al igual que la aturdida ciudad, el cuartel militar también amaneció vacío. El comandante desaparecido sería sustituido por otro y la vieja guarnición anterior empezó a regresar poco a poco. Un contingente de soldados que con su presencia magnificaban el movimiento de los maestros, se quedó frente al obispado evitando entradas y salidas para forzar a los ocupantes a que se entregaran por hambre. A su regreso el obispo convocó a la prensa, protestó manifestando su desaprobación por el sitio militar del que era objeto y ahora con el apoyo de su superior y el escándalo mediático en la capital, los soldados fueron retirados y la situación se estancó en un pasivo y prolongado período.

Cuando los maestros supieron cómo se había gestado la ocupación del obispado, en la cortedad de sus rubores Carlos recibía abrazos y agradecimientos por su atinada ocurrencia. Catalina, orgullosa de su imprevisto héroe y sabiendo desde hacía tiempo lo que él quería y secretamente ella también, le prometió su entrega total pero se dio cuenta que este no tendría el valor de hacer suya esa promesa y decidiéndose a la acción, logró que ambos perdieran la virginidad y Carlos accedió abiertamente, sin culpas ni complejos, a ese nuevo conocimiento que como una iluminación le hizo entender que ella y solo ella sería la única a quien amaría por siempre y hasta el último aliento de su vida. La huelga y la ocupación fueron el imborrable escenario y la caja de resonancia que en medio de la sospecha, la agresión, el patriotismo, el miedo y la muerte, magnificaron el brillo y la felicidad de su juvenil amor.

Los maestros encerrados se concentraban en la futura reforma de la educación nacional y se dedicaban a sugerir y escribir los cambios educativos que los programas debían contener y para eliminar los que con intereses políticos la dictadura había insertado sin bases profesionales y por la fuerza. Una de esas noches apareció un misterioso y oscuro individuo.

- Soy el responsable del movimiento revolucionario para la ciudad -, dijo bruscamente sin ninguna cortesía. - Llénenme con los dirigentes de inmediato, tengo algo importante que debo comunicar -, exigió más que pedir. Lo llevaron a una habitación, quedó encerrado con los dirigentes y

cinco minutos después sin ver a nadie, el extraño sujeto salía apresurado hacia la calle. Martín salió inmediatamente después con el rostro lívido. Se acercó a Carlos y sorpresivamente lo tomó con violencia del cuello y gritó a todos,

- ¡Agarren a este hijo de puta traidor! -

Cuando lo habían sujetaron Martín le propinó una espantosa bofetada en el rostro que aplastó su nariz y presa de furia y de indignación,

- ¡Este maldito es un traidor! -, vociferó, - ¡Miren esto! -, dijo mostrando a todos un cartón. Todos se acercaron y vieron un carnet con el nombre y la fotografía de Carlos, que demostraba que era dirigente estudiantil de un movimiento proclive al gobierno.

- ¡Hay que matar a este hijueputa, traidor, infiltrado, reaccionario! -, gritaba descontrolado e instigando a los demás a que lo hicieran.

El amor y el cariño que poco antes le habían manifestado al adolescente héroe se convirtió en una llamarada de odio, rencor y agresión y todos desbordados por la furia, lo rodearon y la primera bofetada Carlos la recibió de su amada Catalina, a la que poco antes sin ninguna vacilación, había decidido entregar la totalidad de su vida y de su amor. La furia colectiva alimentada por los gritos, los insultos y el fragor de los puñetazos y patadas que desde el suelo Carlos recibía, se desbordó sin control y cuando parecía que su vida terminaría en ese linchamiento, por encima de los ruidos y la confusión general se escuchó una fuerte voz que gritaba,

- ¡Por Dios deténganse! ¡Estamos cometiendo el mismo delito que estamos denunciando! Estamos aquí porque somos perseguidos y oprimidos por la fuerza bruta que mata porque no razona, ¿Se dan cuenta que estamos cometiendo la misma vergüenza? -, les gritaba, - ¡Esta no es conducta de educadores! -, les enrostraba con fuerza viril.

En el silencio que se produjo todos dejaron de agredir a Carlos y como saliendo desde otra dimensión, asombrados y avergonzados se miraban entre sí. El hombre de digna y respetable figura que había logrado que el grupo recuperara sensatez era su profesor de matemáticas. En medio del silencio y sin que nadie interviniera lo levantó, lo tomó de la mano y erguido y sin mirar a nadie, avanzó en medio de todos acompañando a Carlos hacia la salida. En vez de dejarlo ir el profesor caminó con él sobre la calle. En la fría oscuridad de la noche puso su brazo alrededor de sus hombros mientras le hablaba sosegadamente, pero en ese momento Carlos no pensaba en la gravedad de los hechos que casi lo habían llevado a la muerte, ni pensaba en la futura inseguridad de su vida. Aunque herido, sangrante y lleno de contusiones, tampoco le dolían los puñetazos ni las patadas recibidas. Un solo golpe le dolía. Le dolía sin medidas

porque era el que había decapitado su amor y sus sueños.

- Hoy usted ha sido bautizado con la realidad -, decía la pausada voz de su maestro, - Si hoy no murió, piense que pronto aquí muchos moriremos pero si quiere seguir viviendo aquí, está obligado a defenderse y aclarar convincentemente lo que pasó. Si no lo logra su vida no va a valer nada -, le dijo y se quedó en silencio. Después de una pausa sonrió con amargura y volvió a hablar. - Tampoco deje de considerar que estos no son tiempos para razones ni para reivindicaciones -, dijo con algún sarcasmo, como si hubiera razonado a la inversa un problema de álgebra mientras caminaba.

- ¿Quiere ser político, dirigente, guerrillero? Si lo decide, lo que le pasó hoy es lo que siempre deberá esperar para su vida -, le dijo. - ¿O quiere ser un pensador, un estudioso y analizador de lo que acontece?, Si es así entonces lárguese de esto. Sepárese para tener mejor visión, para que imparcialmente pueda profundizar la verdad en estos hechos que hoy están contaminados por las emociones y los intereses en los que todos estamos atrapados -, le decía,

- De las dos maneras usted será útil pero para lo segunda éste no es el momento. Pronto llegará la hora de matarnos y por lo que de usted conozco, usted no es de los que podrá hacerlo. - Y recalcó con su expresión habitual, - Amigo, lo importante es que llegó su momento de tomar su decisión -, y dicho esto lo abandonó en la oscuridad de la calle.

Cuando la seguridad del gobierno supo que había sido Carlos quien había propiciado que los maestros se escaparan hacia el obispado, lo puso en la lista de los comunistas, de los malditos delincuentes, vándalos terroristas, subversivos que deberían ser eliminados por ser enemigos de la patria y a la vez, el movimiento guerrillero lo acusó por su militancia derechista, pro gubernamental, por lacayo y esbirro del dictador. Sin juicio alguno lo encontró culpable con una prueba que a nadie le interesaba, quería ni podría constatar. El veredicto autorizaba a cualquier guerrillero decente y patriota, a ajusticiarlo en el momento que lo encontrara por haber traicionado al revolucionario movimiento magisterial.

El dogmático fanático que lo delató ante los maestros con la sucia estratagema, fríamente profesional y en el rígido cumplimiento de sus consignas, lo hizo porque la dirigencia de la revolución no podía permitir que en el futuro, méritos ganados por advenedizos se convirtieran en liderazgos que retaran su poder y autoridad. Eso debía ser cortado drásticamente.

Y el dictador, ardiendo en el fuego de la revolución que ya lo cercaba, enajenado se aferraba irracionalmente al poder con lo que fácilmente se podía presagiar que en corto plazo, el país quedaría reducido a escombros

y convertido en un inmenso cementerio.

Y con esta experiencia, Carlos dio otro paso hacia la madurez que lo sacaba de la adolescencia para dejarlo en la desolación.

Álvaro Amaya, Guatemala, C.A.

Reeditado y subido a www.megustaescribir.com el 21 de Julio 2018. Foto: Pixabay.